

EL HUMANISMO GADITANO. LA OTRA DIMENSIÓN

Manuel Concha Ruiz
Académico Correspondiente

RESUMEN

PALABRAS CLAVE

Cádiz.
Humanismo.
Cultura gaditana.
Carnaval.

El humanismo gaditano es una manera de ser, labrada y sedimentada en sus antecedentes históricos. Ello queda reflejado en su sentido de la libertad, en su actitud crítica positiva, en ese vitalismo catalizador que Cádiz descubrió hace muchos años y que forma parte de esa fórmula humanista del equilibrio.

ABSTRACT

KEYWORDS

Cádiz.
Humanism.
Cadiz culture.
Carnival.

Cadiz humanism is a way of being, carved and sedimented in its historical background. This is reflected in its sense of freedom, in its positive critical attitude, in that catalytic vitalism that Cadiz discovered many years ago and that is part of this humanist form of balance.

El humanismo surge en el Renacimiento, no sólo como una atención decidida y erudita a la antigüedad clásica, sino también como un redescubrimiento del hombre en cuanto hombre, quizás como una transmutación de lo que en la expresión de Vedel se denominó «ideales de la Edad Media»; hay pues un desprendimiento de lo que lastraba el pensamiento humano, hay como una apertura del hombre en cuanto a un ser de posibilidades imprevisibles.

Como cita Carlos Castilla del Pino en su libro *El humanismo imposible*, hay un redescubrimiento de la libertad y de las posibilidades que el uso de la libertad lleva consigo.

Ciertamente en aquella época esa «libertad» sólo cabe en el pensamiento y es intuitiva en repúblicas «ideales» (Utopía de Tomás Moro «Ubellus de op-

timo reipublicae statu, deque nora ínsula utopía» (1516). Otras utopías «La Cita Félica» de Francesco Patrizi (1533), la «Cita Sola» de Tommaso Campanella (1602), etc.

Nace así el «humanismo» como un concepto que explica la apertura de posibilidades del hombre como hombre. Es un pensamiento que hace que históricamente el hombre se acerque a su realidad, es decir, a lo que es él, a lo que son las cosas que con él están.

El humanismo es posiblemente la conciencia de la realidad del hombre, de adaptarse a las cosas que le rodean. Es como una toma de conciencia de «ser historia», de que la «historia» se hace con sus propias posibilidades, es en cierta manera el enfrentamiento del hombre ante su propio destino, la necesidad de dirigir su «propio proyecto vital».

Hemos vivido y vivimos en una amenaza continua del «humanismo» como concepto creador del propio destino del hombre, de que éste desarrolle sus propias posibilidades «creativas», su propia conciencia de ser historia o dirigir su propio proyecto vital.

En un reciente artículo del filósofo y pensador Eugenio Trias (*El Mundo*, 21 de Marzo de 2000) se abordaba la necesidad de un pensamiento crítico y de un humanismo de la libertad.

Frente a ese mundo globalizado que aboga por un individualismo despiadado en la «lucha por la vida», donde el individuo como persona pierde su carácter como creador de su propio destino personal, libremente afirmado en su propia manera de ser o sus creencias, es difícil mantener ese camino del humanismo antes señalado.

Hay muchas formas de «antihumanismo», como el capitalismo destructor, la sociedad incomunicada ajena a los valores del hombre, el mundo de la «competencia» despiadada en lucha y destrucción «del otro», la falta de libertad individual para que el hombre trate de elaborar su propio destino, etc.

A veces resulta difícil pasar del mundo de las ideas y del pensamiento abstracto a la realidad, pero si tuviéramos que centrar algunas «claves» de ese pensamiento humanista, de esa búsqueda del humanismo de un pueblo, tendríamos que conocer y analizar esa toma de conciencia de «Ser historia», de haber podido labrar a lo largo de ella una especie de «propio proyecto vital» de un pueblo y sus hombres, donde las creencias en sus propias posibilidades y en un sentido especial de la libertad hayan sido pilares fundamentales y en donde una permanente actitud crítica haya

servido de catalizador en esa búsqueda de la propia identidad y en su reafirmación.

En este sentido podríamos hablar de un «Humanismo gaditano» como otra dimensión que añadir a la idiosincrasia especial de nuestro pueblo, de su historia, de su trascendencia.

SUBSTRATO HISTÓRICO

Como bien analiza Ramón Solís, Cádiz surge como ciudad con un claro destino. Su población mantiene a lo largo de la historia factores comunes y una destacada personalidad.

Se sabe que el gaditano era marinero por naturaleza, que tenía un espíritu comercial y que era fundamentalmente hospitalario y acogedor para las ideas y los hombres de otros pueblos.

En este sentido, la convivencia se da en esta pequeña isla, donde los fenicios, cartagineses y romanos van sucediéndose en la hegemonía de la Isla, sin necesidad de guerrear, es una dominación lenta en la que la mayoría de la población acaba por decidir el significado total de la ciudad.

Esa facilidad de adaptación, ese espíritu abierto y hospitalario, como reconoce Ramón Solís, iban a ser una constante gaditana.

Desde ese pueblo gaditano primitivo pueden percibirse la especial importancia a la oratoria y el sentido especial de pueblo pacífico y amante de la cultura.

Ciertamente con las dominaciones visigoda y árabe se rompe en cierta medida la continuidad de esa población, dado su carácter de pueblos guerreros, poco asiento han de tener en ese enclave gaditano.

Es a partir de la conquista de Alfonso X, cuando es necesario repoblar la ciudad, en gran manera con gentes del norte santanderino, asturianos, vascos, que desde entonces tendrán una emigración continuada.

Así mismo, los siglos XVI y XVII van a ser muy importantes en la formación del pueblo gaditano, incorporándose gentes de distintas regiones y países. Esa especial característica de la abundante población extranjera va a ser un condicionante sociológico muy a tener en cuenta y muy enriquecedor. Dan un impulso fundamental al comercio, a la cultura.

En las memorias de Raimundo de Lautery se citan las casas comerciales existentes en Cádiz a su llegada en 1763 había en total doce casas impor-

tantes de naturales del país, frente a 27 genovesas, 11 francesas, 10 inglesas, 7 hamburguesas y 20 flamencas y holandesas.

Como dice el profesor Domingo Ortiz

la singularidad de Cádiz a través de toda su historia dimana del hecho de que siempre ha constituido un núcleo de auténtica burguesía mercantil... Cádiz se ha comportado a través de la historia como una auténtica Isla, con intereses peculiares y con una población en gran parte de origen exótico...

Como recuerda Javier Fernández en su libro *La Ciudad Insular*, la condición insular proporcionó siempre a Cádiz una cierta holgura frente a los poderes históricos asentados en el continente.

Da la impresión de que la ciudad se ha dedicado a vivir su presente con más entrega que a la preparación del futuro, más a gozar de las delicias, que grandes o chicas se ofrecían en cada momento, que a colaborar en proyectos globales. Un sabio uso de la insularidad que hizo virtud no de la necesidad sino de la elección, permitiéndole organizar a su aire y en su escala de andar por casa pequeña una convivencia más humana, inventiva y radiante...

Esa especial idiosincrasia, ese encuentro histórico de naciones y culturas, ese vivir cotidiano, con ese espíritu universal y políglota habían de condicionar, como un factor importante a tener en cuenta, una sociología especial del pueblo gaditano.

Orozco, en su historia de Cádiz, habla

del trato sin doblez, todos tienen buena y apacible comunicación y nobleza, tan afables y de amistad que entre ellos es acogido, tenido y estimado cualquier forastero con el amor y la voluntad que se debe al natural...

Todos cuantos escriben sobre Cádiz en los siglos XVI y XVII destacan ese espíritu abierto y acogedor, ese gran sentido de la tolerancia y comprensión.

Una de las características fundamentales para entender al pueblo gaditano y la base histórica que hace posible ese humanismo enriquecedor, es la ancestral y escasa limitación de clases sociales. La ausencia de aristocracia, terratenientes campesinos, la relativa porosidad de los profesionales que abastecían la burguesía mercantil, así como la ideología liberal y democrática aglutinaban esta comunidad insular.

Es un hecho diferenciador en esos siglos con el resto del país, la ausencia de clases dominantes, de esa división económica y social, tan acusada en otras regiones. «El nacimiento de la burguesía gaditana de origen comercial habían hecho que el estudio y la preparación cultural era al fin y al cabo el único blasón del que se podía hacer gala...» (R. Solís).

Cualquier gaditano que nacía inteligente era capaz de triunfar, y en donde la preparación individual era una de las metas fundamentales.

Cuando uno analiza la historia de Cádiz, no puede menos que reflejar el espíritu de esa vida cultural.

El comerciante gaditano era generalmente hombre culto, en la ciudad se vivía desde años antes una tradición cultural reflejada en las bibliotecas, colecciones de arte, tertulias, amor al teatro, etc.

En general, el sentido comercial muchas veces no ha ido acompañado con el espíritu artístico o cultural, pero en Cádiz no ocurrió así; el comerciante gaditano, que estaba preparado culturalmente, con la decadencia posterior en el siglo XIX va a poder incorporarse con facilidad a la política y a la literatura.

Uno de los hechos más característicos era ese afán de leer, de adquirir cultura a través de los libros, a comienzos del siglo XIX había veinte librerías, lo que nos da una idea de la importancia en el siglo pasado.

En esas mismas coordenadas hay que considerar el interés de los gaditanos de dar educación a sus hijos, existiendo incluso clases nocturnas para los trabajadores, donde se admitía a «...cuantos lo deseen, sin excepción de nacionales o extranjeros...». Así ocurría en La Escuela de Nobles Artes, que ya funcionaba en el siglo XVIII. Luego en los albores del siglo XIX se abrirían otras, como la que menciona Ramón Salís, que salió anunciada en el Redactor General «...el día 9 al anochecer, en la calle Molino, posada de la Paz, se empezarán las lecciones de gramática española en toda su extensión, y también de taquigrafía hasta seguir la palabra...».

De la importancia del aprendizaje de los idiomas nos habla Alcalá Galiano, cuando afirmaba que el francés y el inglés eran hablados con fluidez y corrección por muchos de los conciudadanos.

En esta faceta cultural y educacional que estamos recordando, no podíamos dejar de mencionar, la importancia del Real Colegio de Cirugía, fundado por Don Pedro Virgili en 1748, como primer Colegio de Cirugía de la Armada en España, luego Facultad de Medicina, donde hoy nos encontramos.

El Colegio de Cirugía y la Facultad de Medicina constituyeron siempre en la historia gaditana, desde su fundación, un centro de cultura para la ciudad y un eje fundamental del que dimanó una formación a muchos profesionales del resto del país, lo que contribuyó así mismo a dar a conocer ese Cádiz auténtico a todos ellos, en los años que permanecieron aquí, donde aprendieron aparte de sus materias científicas, a valorar esa dimensión humana y emocional del pueblo gaditano.

Ese afán por la cultura, por el aprendizaje, porque cada individuo pudiera labrarse su propio proyecto vital es una de las cosas más llamativas de ese fenómeno social que se dio en Cádiz.

Resulta alentador recordar las palabras de Federico Rubio, cuando destacaba como a diferencia de otras naciones o ciudades en las que la sociedad estaba dividida en clases, como en Cádiz se «...ofrece una excepción en tal sentido. No hay más clase que una, dividida por la educación: cultos y menos cultos ...»

Como nos recuerda G. Marañón en el prólogo del libro de Ramón Salís *El Cádiz de las Cortes*, Cádiz al principio del siglo XIX era de todas las ciudades españolas la que por su cultura, su firmeza y su sentido universal tenía que sentir la honda responsabilidad de aquel viento que sopla por el mundo en el siglo XVIII, «afán de saber», de afinar los resortes de los sentimientos humanos, de abrir las ventanas al «espíritu del siglo».

En este sentido, la influencia del pueblo gaditano, de su manera de ser y sentir a lo largo de la historia fue decisiva en esos momentos. El mundo entraba en una nueva fase, hacía falta una resurrección de la vida española, en una especie de humanismo de la libertad, y Cádiz fue decisiva en esa transición hacia una nueva sociedad, porque como nos recuerda Ramón Salís

los diputados, incluso numerosos que vestían hábito o sotana, pretendían transformar España toda en una nación culta, tolerante, sin grandes diferencias sociales, es decir anhelaban contagiar a España de esa vida feliz de los últimos años del siglo XVIII gaditano que ellos vivieron de niños o se lo oyeron hablar a sus padres...

Bien es conocido el concepto de liberalismo que tenía Gregorio Marañón y el amor por Cádiz, por eso no son de extrañar sus palabras en el prólogo del libro de Ramón Solís.

Como nos recordaba nuestro querido y malogrado Antonio Orozco Acuaviva en su conferencia en este Ateneo el 3 de Octubre de 1987 con relación a «Marañón y el Cádiz de las Cortes», el liberalismo en Marañón no fue político sino esencial, vivencial. Como él mismo recordaba a Luis Kardiner en 1953, la «amistad y la liberalidad o el liberalismo son la repre-

sentación de lo más noble del alma humana. La característica prerrogativa del alma liberal es, en efecto, su aptitud y su función para el sentimiento y el ejercicio de la amistad» e insistía que «la libertad representa lo más genuino de la dignidad humanar».

Por eso ya lo decía en el prólogo a Ramón Solís, Marañón encontraba más liberal la ciudad de Cádiz que sus Cortes, casi todos los que han estudiado y considerado el origen del liberalismo gaditano, han llegado a la misma conclusión. Fue Cádiz la que hizo liberales a los diputados doceañistas. Por eso tenía razón Pemán cuando decía que «Las Cortes de Cádiz no representaban ni con mucho, a la verdadera España», en efecto no eran representativas del pensamiento anquilosado de la mayoría de la nación, desde la aristocracia al clero.

Este liberalismo gaditano, que venía en gran manera condicionado por ese espíritu abierto y acogedor, con el talante de tolerancia y comprensión que antes analizábamos, se acerca con mucho a ese concepto de «liberal» que Marañón definía como «jovellanista» al expresar en una de sus conferencias en 1958:

Sé que vosotros no entenderéis por liberal al afiliado a un partido político, que pudo, incluso parecer una heterodoxia más, sino al hombre que por sus reacciones instintivas, por su cultura, a la vez tradicional y moderna, y por su grandeza moral, amaba la libertad mientras pudiera ser compatible con el orden social: el verdadero, el que se funde en el entendimiento entre los hombres, cualesquiera que sean sus ideas y sus pasiones.

Ciertamente en ese concepto, creo que podemos encontrar las claves esenciales de ese liberalismo gaditano, que antes mencionábamos.

Con esos antecedentes históricos que fueron conformando el pueblo gaditano, podríamos decir que sirven de base o cimiento a esa manera especial de ver la vida en aquellos momentos, esa especie de humanismo gaditano, que tiene conciencia de ser historia, de participar en su propio proyecto vital como pueblo. Nace así también un «vitalismo» especial que sabe distinguir la fórmula humanística del equilibrio.

El gaditano con su sabiduría heredada de siglos, creo que ha sido capaz de encontrar ese equilibrio, que hace valorar las cosas en su justa medida. Es capaz de hacer lo trascendente sencillo porque nunca tuvo apego material a nada. En su Isla se defendió como pudo de otras influencias y tuvo que buscar en sus propias raíces de pueblo abierto y comunicativo ese sentido de las cosas que le venían dado por su cultura y por su identidad labrada a lo largo de tantos años.

Y en este sentido una de las características fundamentales de este «ser» gaditano es el sentido adquirido de su libertad y su permanente actitud crítica, sin duda enriquecedora que le hace siempre estar abierto a nuevos horizontes.

Ese sentido de la libertad, que como veíamos anteriormente venía fundamentado en su especial desarrollo histórico, en su comunicación continua con el mundo externo, en esa escala de valores de la cultura, el estudio y la tolerancia adquirido a lo largo de los siglos, y de esa libertad nacía así mismo su actitud crítica que antes señalábamos.

Alberto Ramón Santana, que ha estudiado el carnaval gaditano, ha dejado escrito «...Tengo para mí que la historia del carnaval es la historia de una lucha por la libertad, o lo que es lo mismo de una lucha por la supervivencia...».

No podríamos analizar o acercarnos a lo que hemos llamado «el humanismo gaditano» si no nos acercamos a uno de los aspectos más simbólicos que lo conforman, su carnaval. El Carnaval gaditano.

Como dice Javier Fernández en su libro *La Ciudad Insular*, junto al carnaval «visual» europeo, cuyos focos radican en Venecia y Niza, o el «musical» con centro difusor en Río, Cádiz sintetiza a través de una transformación e intensificación de elementos de variada procedencia «su carnaval oral, el carnaval de la palabra, el carnaval gaditano es la fiesta de la palabra en libertad, entonada, ritmada y fantásticamente creadora...».

El carnaval gaditano tiene sin duda una serie de múltiples influencias fundamentalmente genovesa y veneciana, influenciada posteriormente y de manera importante por los ritmos de ultramar, muy especialmente la vinculación con La Habana que deja en las tripulaciones gaditanas esos ritmos dulces y pegadizos.

Pero como nos han transmitido los muchos estudiosos que tiene nuestro carnaval, es ya bien entrado el siglo XIX cuando se define la auténtica copla de carnaval.

Como dice Ramón Solís

lo más importante de las Coplas del carnaval gaditano es su gran capacidad de absorción de cuanto nuevo sucede. Ahí radica la gran virtud de Cádiz a lo largo de su historia, la de estar abierta y dispuesta a cuantas novedades le llegan de fuera, y al mismo tiempo darle su sello propio y personalidad... hay siempre un matiz de ironía, de broma, propio del que está de vuelta de todo...

Esa capacidad de crítica, siempre abierta, tiene la habilidad de decirlo todo sin grosería, ni violencia.

Como dice José Marchena Domínguez «...en su dimensión literaria, las coplas carnales encierran un trasfondo lleno de sustrato cultural que el pueblo gaditano ha ido asimilando».

Ese singular aporte ha sido fruto de los acontecimientos cotidianos sucedidos a lo largo de años, quedando dichas letras como auténticos testimonios literarios de realidades vividas.

Estos pequeños pero importantes mensajes muestran las inquietudes, vivencias, etc. de unos ciudadanos que se reúnen para cantar la fiesta gaditana por excelencia, pero es que Cádiz siente como cosa propia estas vivencias e inquietudes expresadas en dichas letras.

Como definía magistralmente José M.^a Pemán en el acto de coronación de la reina de las fiestas típicas de 1959:

Vais a ser más que reina absoluta, reina constitucional de un ruidoso parlamento de coplas y tangos, fabricados con una secular receta que anota dos partes de gracia, una de melancolía y una de libertad.

Es como mostrar el humanismo gaditano a través de unas letras llenas de poesía y gracia ingeniosa. A través de ellas, no sólo nos acercamos a unos hechos concretos y puntuales, si no que podemos descubrir esa manera de ser, esos sentimientos vitales, esas actitudes que, sin duda, definen a este pueblo.

Sirvan algunos ejemplos para ilustrarlo. Ante la grave depresión económica que surge a finales del siglo XIX con la caída del mundo de ultramar y la pérdida del privilegio de puerto franco que tenía Cádiz, surge de modo afable y cordial ese sentido nostálgico de tiempos esplendorosos, con aceptación de la adversidad, con un cierto tinte jocoso y vitalista que no se rinde ante ella.

Así recordamos esa letra de «Los viejos ochentones» (1884)

Cádiz de mi vida adiós
tus penas me hacen llorar
se me parte el corazón
tu miseria contemplar

Adiós Cádiz de mi alma
adiós población bonita
adiós tacita de plata
capital desgraciata.

Te ofrecen puerto franco
No te lo pueden dar
Se quemó el Gran Teatro
no lo vuelven a levantar
todos son ofrecimientos
esperanza y nada más

O aquella ante la aparición de los primeros tranvías que entran en competencia con los cocheros de caballos a principios del siglo XX:

Se ha vuelto Cádiz loco
con el tranvía
¡Vaya un negocio bonito
que ha hecho la compañía!

Más nadie se apure, ni se ponga triste
Si no hay carne, comeremos alpiste
¡Vivan los cocheros
de esta gran ciudad
nuestras obras del puerto
les traerán felicidad

Tango de Los Tontos, 1909

Numerosos trabajos y aportaciones sobre el carnaval gaditano ponen de manifiesto esa conexión de las letras a lo largo del tiempo con esa forma de ser y sentir del gaditano y a la vez han marcado y definido la actitud de un pueblo ante la evolución de la historia. En ellas se refleja ese humanismo heredado del que antes hablábamos. Vemos de qué manera más resumida y a la vez intensa se puede expresar un sentimiento de dolor y a la vez confianza, ante la explosión que afligió Cádiz en 1947.

Yo como quiero tanto
la tierra mía
la lloré en silencio
de noche y día...

Pero teniendo siempre
Seguridad

Que este rincón precioso
mucho más fuerte, ahora resurgirá

Cañamaque Piñate Gaditano, 1948
(Ante la explosión de 1947)

En la siguiente letra de cañamaque de «Los Viejos demócratas», 1935, se deja ver esa fina ironía y ese afán permanente de renovación, incluso en tiempos difíciles.

Este conjunto de viejos
les saludamos
que tengan benevolencia
les suplicamos
y si es que lo que cantamos
no es de su agrado
no nos den un mal rato
porque seguramente espichamos
Salimos en confianza
Después de estar muchos años ausentes
Porque los Carnavales
están siendo muy decadentes
Pero el aficionado
que tiene sangre de comparsista
si no gana dinero
la indumentaria la paga a dita.
Así nosotros nos reunimos
y con más años que siete loros
aún nos animan los carnavales
y decidimos sacar un coro.
Hemos tenido pocos ensayos
y hasta pensamos volvemos locos.
Pero estos detalles
importan poco.
La cuestión es que Cádiz
no falte al tango que es de nosotros.

Una de las constantes en las letras del Carnaval gaditano, es la demostración de su amor por la ciudad, de la riqueza de su historia, de ser cuna de la libertad, por botón de muestra veamos parte del popurrí de Paco Alba en la chirigota «Los del Bocho» de 1955.

Antes de despedirnos
y deque termine mi popurrí
sólo un piropo quiero decirte
a esta gran tierra donde nació.

Al mundo entero
llega tu sal,
aquí hay salero
para exportar.

Tu historia cuajada
está de grandeza,
fuiste Fenicia, Romana
Mora y Flamenca,
Por tus hechizos
y tu majeza
a ti un flamenco así te cantó:

A Cádiz ya no le llaman Cádiz
por que en su cante
por alegría se le cambió,
al son de palmas
y de guitarra
con relicario
con relicario se bautizó.

Rincón bonito
de mis amores
donde he nacido,
donde he sufrido y donde gocé,
que es lo que tienes
tú que atesora
que hasta las olas
rinda a tus plantas
y besan tus pies.

Así mismo, de ese orgullo de ser gaditano, impregnados a lo largo de los años las letras de las agrupaciones, mostrándonos su autosuficiencia y su «sentir» gaditano. Pocas letras han quedado tan grabadas y recordadas como la de la chirigota «Los Julianes» de Paco Alba en 1958.

Hay quien dice que Cádiz no tiene fiesta
ni feria que aventaje a otras capitales
mas queremos advertirle al que así desprecia
que qué nos dice de nuestros festivales.
Ni romería ni feria en esta tierra
es verdad que no tienen los gaditanos
pero que vengan muchos y se den cuenta
que Cádiz está de feria todo verano.

Si no es campero
es porque es andaluz fino y marinero
pero es castizo
desde Puerta de Tierra hasta el Hospicio.

Si no saben lucir
el traje de montar
es porque a los de aquí
no les sirve el caballo para ir a pescar.

Comprendo que es de maravilla
Tener la jaca enjaezá
pero yo tengo una barquilla
con una gracia en la quilla
que pa que te voy a contar.

Por eso Cádiz tiene un sello
de Noble fino y señorial
aquí se puso el NON PLUS ULTRA
que traducido resulta
después de Cádiz
¡ni hablar!

Indiscutiblemente que al gaditano
lo mismo al hombre serio que al calavera
le corre por sus venas yo lo he notado
un poquito de salsa chirigotera.
A parte del carácter también tenemos
una pasión por Cádiz tan fervorosa
que ya pueden venir contando camelos
primero está su «Cai» que «toa» las cosas.

Al fin y al cabo las letras de carnaval reflejan ese «hablar gaditano» que Pedro M. Payán tan bien ha expresado y estudiado en su libro *El habla de Cádiz*, que como él comenta, con palabras de Lasaleta

destaca por su carácter pintoresco, reflejado en multitud de expresiones y vocablos intraducibles a otros idiomas, fundados muchas veces en alusiones metafóricas y que posee una gracia, viveza, gran espontaneidad, concreción y expresividad que lo distinguen de otros niveles.

En esas letras hay que destacar que al lado de esa alegría y del deseo de que todos lo pasen bien, hay un clamor a la injusticia, la denuncia abierta y directa contra todo aquello que sobrepasa la norma ciudadana, contra todo lo que se opone a ese sentimiento vital adquirido a lo largo de siglos. Esa crítica va sirviendo como catalizador en esa búsqueda de la propia identidad y en su reafirmación.

Nadie mejor que un gran escritor, poeta y gaditano desde las entrañas como era Fernando Quiñones, podría resumir de manera certera, esto que

de alguna manera hemos querido expresar a lo largo de esta modesta comunicación sobre el «Humanismo gaditano»; sobre esa manera de ser labrada, sedimentada en sus antecedentes históricos, participando de ellos y con esa toma de conciencia de ser historia, esa personalidad de un pueblo que queda reflejada en sus sentido de la libertad, de su actitud de crítica positiva, en ese vitalismo catalizador que Cádiz descubrió hace muchísimos años y que forma parte de esa fórmula humanística del equilibrio.

Como decíamos, nadie mejor que las palabras de Fernando Quiñones, que cita en su libro Pedro M. Payán, *El habla de Cádiz* podrían resumir esa manera de ser, ese humanismo gaditano, cuando hablando de los gaditanos comenta:

unos ciudadanos sensibles y paradójicos, amigos de esconder las contrariedades de la vida tras una chanza ligera, neutra, displicente, en la que es difícilísimo muchas veces distinguir a la pura congoja del buen humor partidarios de disminuir o enormizar preocupaciones, deberes, gozos y quebrantos, de agravar trivialidades y de dignificar, mediante un estoicismo cuyo aliño burlón sólo a un ojo muy inadvertido engañaría, el directo espectáculo del dramatismo y las incertidumbres de la vida. Puestos, arriesgadamente, a resumirlo, diríamos que lo más hondo y diferenciador del espíritu gaditano está en combinación de equilibrado clasicismo desbordado por una vocación de luminosa alegría vital, a la que, a su vez, moderan una vieja experiencia y una indiferencia burlona, indolente, que en ocasiones puede llegar a ser enojosa. No menos cuentan con respecto a ese espíritu, e incluso en gran parte lo originan, la huella que su secular condición de puerto absoluto ha impreso a Cádiz —tendencia de su gente a la apertura, a la novedad, al intercambio—; una capacidad imaginativa favorecida por la forzosa, constante y siempre sugere contemplación del mar; una fina rapidez emotiva, y esa afición a mezclarlo (no a confundirlo) todo...

★ ★ ★